

vincias, como colonias, como confederados ó como inmunes sufrían el yugo de Roma, la gran ciudad, tendida á las orillas de su río, en vasta llanura, trono del mundo, que creía tener eternamente preso en sus cadenas, pues tocaba con sus legiones en los límites conocidos, en el Nilo, en el Eufrates, en el Danubio, en el Rhin, en el mar Océano; aunque tras el Nilo se ocultaba el árabe, nómada, errante, alimentado con los dátiles de sus palmeras, y la leche de sus camellas; traidor como sus tigres, sediento de sangre rugiendo de hambre en la inmensidad de sus desiertos; y entre las ondas oceánicas del britano, mal domado por César que empapaba en sangre humana el solitario altar de sus dioses antropófagos, invocando el espíritu de sus mayores que se quejaba en el viento de las selvas y brillaba en los fuegos fátuos de los campos de batalla á una sangrienta venganza; tras el Rhin el germano que había aplastado á Varo, sin mas patria ni mas hogar que su carro de guerra, avezado á continuas batallas, tocando con su lanza en su escudo de acero para demandar á sus héroes que le condujeran á la guerra, á la matanza; tras del Danubio los godos, adorando un hierro clavado en el suelo, errante siempre y siempre en batalla, como si tuvieran el genio de la destruccion en su seno, maldiciendo su tierra ingrata, su desoladas estepas, y ansiosos de grandes presas como el lobo que vaga hambriento sobre mares de hielo; y tras el Eufrates y el Tigris, en una estension que creía el mundo antiguo soledad inexplorable, los escitas, los tártaros, que oían una voz que los llamaba hácia Occidente, que se agitaban sin saber donde iban, deformes, pequeños, casi negros, con los ojos hundidos, la nariz aplastada, los labios saliente, vestidos de pieles de rata, ornados con las cabezas de sus enemigos que pendían de sus espaldas, llevando entre sus piernas y el lomo de sus caballos la sangrienta ración de carne cruda, y despidiendo en vez de flechas huesos humanos, educados para la muerte, en términos que al nacer, ántes que el beso de sus madres, sentían el acero que les rasgaban las mejillas para que se acostumbraran á las heridas y la sangre; y todos aquellos bárbaros desde el Eufrates, el Rhin, el Danubio, aullaban olfateando la muerte de Roma; y anhelantes de repartirse los despojos de la Ciudad Eterna, se movían como los chacales en troño de un sepulcro. (Estrepitosos y repetidos aplausos.)

Señores, he tratado de pintaros el estado de las ideas y el estado de los pueblos, la conciencia y el mundo. Aún veremos nuevos y deslumbradores aspectos de estas ideas; veremos la teogonía oriental espirar sin haber podido resolver el problema de la coexistencia del

bien y del mal, porque nada sabia del límite que tienen todas las cosas, nada de la libertad del hombre, nada de la inmortalidad del alma; veremos el paganismo griego morir á manos de los mismos pueblos á quienes diera vida y espíritu; veremos la naturaleza perder la magia y el encanto con que la tíñeran los antiguos poetas, y el fauno callar en la selva, y la nereida en el arroyo, y la eterna esfinge en las ondas del mar; veremos el Cristianismo perseguido con sus huestes formadas de gente plebeya, encerrarse en las entrañas de las Catacumbas, y desarmado vencer á sus perseguidores; veremos la idea de Cristo sentida en el corazón de los apóstoles, enrojecida en la fantasía de los apologistas, explicada por la razón de los padres, hollar los escollos que la hubieran perdido, gnosticismo que la hubiera convertido en una religion oriental, ante-humanitaria, y el arrianismo que la hubiera convertido en una secta filosófica, anti-religiosa; veremos las antiguas sectas religiosas fundir todos los dioses sin hallar un solo Dios, las escuelas filosóficas fundir todos los sistemas sin encontrar un solo espíritu, Roma fundir todos los pueblos sin hallar la humanidad; veremos los emperadores encenegarse como hombres en todos los vicios al mismo tiempo que se alzaban como jurirconsultos á todos los principios del derecho; la administracion desolar las mas apartadas regiones, convirtiendo la curia en una ergástula y los decuriones en esclavos; el mundo antiguo herido, desesperado, llamando á la muerte con voz desfallecida, tomada del vino y del humo de las orgías; los bárbaros responden á este llamamiento inundando de sangre el imperio; los sacerdotes paganos arrojando desde la Roca Tarpeya en este último día del antiguo mundo el tirso de oro y la corona de laurel, símbolo del sensualismo religioso, al mismo tiempo que la Cruz se alzaba sobre el Capitolio como la señal de la exaltacion del sacrificio y del amor, del triunfo del espíritu; y al pié de la Cruz caer uno tras otro el sicambro, el ostrogodo, el visigodo, rindiendo la cerviz á la Iglesia, única luz que se ve en aquella tenebrosa noche, lazo de union entre dos mundos, entre dos edades, lazo que prueba que la cadena del progreso no se rompe, que Dios no abandona á la humanidad ni en las épocas mas tristes y mas angustiosas de la historia. (Aplausos.)

Señores, la historia que en otro tiempo era un arte, sin mas objeto que narrar los hechos, hoy es una ciencia, una filosofía en que los hechos vienen á ser la forma de las ideas; y el encadenamiento de los hechos una lógica viva y real, un sistema de leyes incontestables. El que ejerce el ministerio sublime de historiador, ministerio que tiene al-

go de santo, de divino, pues juzga el secreto impenetrable de los sepulcros, el alma de las generaciones pasadas, se ve obligado á congrega las generaciones presentes, y con toda la superioridad de un juez enseñarles los grandes castigos, los grandes escarmentos que guardan siempre á los poderes que violan la justicia, á los pueblos que desconocen sus derechos; enseñanza provechosísima que sobre todos los tiempos entrañan estos primeros cinco siglos del Cristianismo, en que el imperio romano y su decadencia enseña á las naciones todos los horrores que caen sobre ellas cuando se entregan á la voluntad de un solo hombre. (Aplausos); y la muerte de la aristocracia romana enseña á los soberbios que el privilegio se clava como un puñal en el corazón de los privilegiados; y el predominio de los pretorianos enseña á los fuertes que en toda sociedad cuando manda el ejército, destinado siempre á obedecer, viene la guerra social, y tras la guerra social la dictadura, y tras la dictadura la organización del despotismo, y tras el despotismo el envilecimiento, la muerte (ruidosos aplausos); y la corrupción de las muchedumbres romanas tan felices, tan bien alimentadas y sostenidas, tan agasajadas por el poder, tan ociosas, enseña á los pueblos que su redención social está en el trabajo, que no les basta tener asegurado por la sociedad el pan de cada día, sino la libertad, que es el orden supremo, el derecho, la ley eterna de nuestra naturaleza (aplausos); y la aparición del Cristianismo en el instante supremo en que se desplomaba el mundo antiguo, enseña á los desesperados, á los que creen que suena ya en las nubes la trompeta, nuncio de último juicio, que se cumple siempre la ley divina del progreso; y las hogueras de cuyas horribles llamas salen vencedoras las nuevas ideas, enseñarán á tantos como hoy anteponen sus goces de un día á la eterna satisfacción de la conciencia, que la duda y el descreimiento, si han tenido apóstoles, no han tenido mártires [aplausos.] y que la fé en los grandes principios religiosos, científicos y sociales ha sido siempre la redentora de la humanidad, y ha dejado de sí eternos resplandores en la sucesión de los siglos. [Estrepitosos y prolongados aplausos.]

Señores: todos los días oiréis clamar por sectarios, que me abstendré cuidadosamente de nombrar, contra mis ideas; todos los días oiréis que me condenan con el dictado de irreligioso. Nada ménos cierto en verdad. Yo creo firmemente que la religion no solo abraza el sentimiento y la fantasía, sino todo el espíritu y todo el sér. Creo que la nota religiosa no faltará nunca en la armonía de la vida, porque es necesaria en el espíritu. La religion descansa principalmente sobre la

creencia en un sér eterno, infinito, que abraza en sí todas las cosas y da unidad al universo. Además supone la relación íntima entre Dios y el hombre, relación por la cual desciende el espíritu divino hasta nuestro espíritu, y sube nuestro espíritu hasta el espíritu divino. ¿Y creéis, señores, podéis creer que yo, tan deseoso que el espíritu del hombre viva y brille, intente quitarle desatentadamente la creencia más pura de su vida, el resplandor más intenso de su luz? La religion, la comunión perpetua del hombre con Dios, es la vida de mi vida, el alma de mi alma. Quiero al pueblo con todo mi corazón, y por lo mismo que le quiero, no puedo querer que sea huérfano. Siempre me acuerdo del terrible sueño de uno de los primeros poetas de nuestro siglo. Durmióse el poeta y soñó que se hallaba en un cementerio. La campana daba las doce de la noche, y abriábase las tumbas y erraban las sombras en los aires, y solamente los niños permanecían dormidos en sus pequeños sarcófagos. Las férreas puertas de la iglesia del cementerio se abrían y cerraban como si las moviese invisible mano, y el aire, pesado como el aliento de una gran tempestad, repetía por doquier desgarradores gemidos. En las bóvedas estaba el cuadrante de la eternidad, sin números, sin aguja, sin más que una mano negra que rodaba, y en vano los muertos se esforzaban por leer con sus ojos vacíos el curso del tiempo. Sobre el tabernáculo estaba Cristo, resplandeciente de santa hermosura, pero más triste aún que en el terrible día del Calvario. Los muertos, las sombras se agolpaban confusamente en torno de Cristo, y le preguntaban temblando: "¿Hay Dios?" "No," respondió Cristo. Y los muertos se estremecieron y temblaron de espanto. "He subido, añadió el Salvador, á los cielos, y están vacíos; he bajado á los profundos abismos y solo he oído la gota de lluvia que caía como una eterna lágrima, y la tempestad que sonaba como un eterno lamento. En las profundidades de la tierra no hay más que tinieblas; en las alturas del cielo no hay más que la nada reposando sobre la eternidad, la eternidad sobre el caos; la órbita negra de un ojo inmenso, pero vacío. No hay Dios. Mi sacrificio en el Gólgota ha sido inútil. No hay Dios. Todo se ha concluido, todo está consumado." Al oír estas palabras, las sombras se hundieron y al ruido de las losas que caían sobre sus tumbas, se despertaron los niños, y como un coro de ángeles rodearon á Jesús, y le dijeron: "Jesús, Jesús. ¿No tenemos padre?" "No, no, vosotros y yo todos somos huérfanos." A estas palabras los ángeles se precipitaron en los abismos, el templo se arruinó, el Universo entero se convirtió en un sepulcro; que

sin Dios no pueden existir ni los cielos ni la tierra, ni los ángeles ni los hombres, ni el espíritu ni la naturaleza. Sí, hay Dios, hay Dios. Yo lo descubro en los resplandores del Universo, yo lo siento en los latidos de mi corazón, yo lo veo en el santuario de mi pensamiento, y le reconozco juez inapelable en el tribunal de mi conciencia. Yo por lo mismo diré siempre al pueblo: trabaja por la justicia, que no eres huérfano. Trabaja por la libertad, por la igualdad, por borrar de la frente de tus hijos las sombras de la antigua servidumbre, por levantar mas hermoso este planeta en los espacios infinitos, que no eres huérfano. La Providencia te señala ya la tierra prometida; tus enemigos, los soberbios tiranos, se ahogan entre las ondas amarguísimas de la cólera divina; tus hijos, redimidos por tu trabajo, llegan á la ciudad santa de la justicia, y bendicen á sus padres que los han salvado, á sus padres que los han redimido, y no reconocen ni mas dueño ni señor que nuestro Padre Celestial, porque merced á vuestro sacrificio se habrán cumplido las promesas de libertad guardadas en las páginas del Evangelio. He dicho. (Ruidosos, repetidos y prolongados aplausos.)

LOS ESTOICOS,

LOS PADRES APOSTOLICOS, LOS APOLOGISTAS.

LECCION SEGUNDA.

SEÑORES:

Ha sido usual dividir el gran trabajo de la edad que estamos tratando en dos partes, para estudiarlas separadamente. Unos escritores han mirado tan solo el Cristianismo naciente, otros el Imperio moribundo. Si alguna vez los han juntado, ha sido en las grandes conjunciones del Cristianismo con el antiguo mundo. Yo, como creo que nadie puede romper el hilo misterioso del tiempo, y que cada hecho viene en su sazón conveniente, presentaré en estas mis lecciones al par las dos sociedades, la sociedad que muere y la sociedad que nace, convencido como estoy de que la mas alta filosofía se encuentra en el seno de la historia. En los dos años anteriores presenté el camino por donde la aristocracia llegó á la muerte, y la democracia al imperio; la descomposicion del pensamiento pagano en sus tres grandes determinaciones, la estóica, la epicúrea y la alejandrina; la destruccion del arte clásico por la sátira, que se asemeja á uno de aquellos genios burlones esculpidos por los antiguos escultores al pié de los bajos relieves; la caída de los dioses desprendidos sobre la tierra, como muertos, cuando no los anima la fé de la conciencia humana; las esperanzas misteriosas que parecían difundidas por los aires y que inspiraban cánticos proféticos á los mismos paganos; las luchas en Jerusalem entre saduceos y